



Sobre una visita protocolaria

No debemos caer en la tentación de ir a figurarnos que eso de la política internacional sea algo misterioso y que implique profundas combinaciones diplomáticas. No; muchas veces se reduce a cosa meramente protocolaria y litúrgica. Tal ha podido ser, por ejemplo, la visita del rey de los belgas a la corte del reino de España, que no a la nación española. Ni creemos en sus consecuencias. Como no sea la formación de sociedades industriales, mercantiles o financieras hispano-belgas, como hay ya alguna hispano-sulzera... Pero ni esto, no. La visita parece haber sido cosa de protocolo, de estrechar lazos, etc., etc., y sobre todo de ir honrando el recuerdo que dejó la actitud ambigua del reino de España durante la guerra, de este ex futuro Vice-Imperio Ibérico que, como fueron derrotados los emperadores, ha tenido que quedarse otra vez en reino. Y en reino interino.

Acaso esa visita del rey de los belgas — rey no ya sólo constitucional, sino democrático — haya sido de antemano solicitada y suplicada. Pero ello no implica, ¡claro está!, que en las altas esferas de la gobernación y régimen del reino de España se haya cambiado de... neutralidad a todo trance y costa. Lo que se llamó así y era — y sigue siendo — muy otra cosa que neutralidad. No, no hay que crear tal cosa.

Nadie ignora que el movimiento político del verano de 1917, la huelga general que siguió a la Asamblea de parlamentarios — como ésta había seguido al pronunciamiento del 1.º de junio de aquel año, en Barcelona. — nadie ignora que para ahogar por fuego y hierro aquel movimiento se apeló por parte del gobierno de entonces, siendo canciller, como lo es ahora, el Dato ese, a la especie, que se hizo circular, de que aquella acción iba encaminada a hacer entrar a España en el conflicto de la guerra y de lado de los aliados. Tal especie se hizo, por parte del gobierno, circular por los cuarteles para excitar a los soldados, sobre todo a los de cuota, contra los huelguistas, o sea contra los revolucionarios. Y aquí, en la ciudad en que escribimos de esto, se le llevó preso a mediodía, y por medio de la Plaza Mayor, a un agente consular francés, a conciencia de que no había cargo alguno contra él y no más que para hacer creer al pueblo que aquel movimiento se debía a manejos de Francia. Lo que dijo muy claro, por otra parte, el entonces ministro de la Gobernación y hoy presidente de la Cámara de Diputados.

¿Fue en pro de la neutralidad? No lo creemos. Y hasta hay quien sospecha; no sabemos con qué fundamento, que cier-

tas Juntas no carecían de cierto sentido internacional y no de neutralidad precisamente. Y hasta se habla del apoyo que hallaba en España la acción de un Sidaño Paes...

Los emperadores y el imperialismo pretoriano y a la tedesca fueron vencidos y con ello se vinieron a tierra, sin duda, las esperanzas que se fundaban en el régimen que habría de imperar en el hoy ya ex futuro Vice-Imperio Ibérico; pero el achelo sigue en pie. Sigue en pie la concepción atudescada del sistema político, sigue en pie la tendencia al despotismo de Bajo Imperio. Y si el rey de los belgas hubiese podido calar en la conciencia colectiva del grupo que le rodeaba, habría visto que respiraba el mismo sentimiento que lanzó al imperio germánico contra su nación, contra Bélgica, rompiendo pedazos de papel. Habría visto que en las altas esferas de la gobernación y régimen del reino de España no hay nada que se parezca al sentimiento democrático y liberal que inspira a la mojarra belga; habría visto que la de España no es ni siquiera constitucional más que de nombre y en pura ficción. Y si hubiera podido calar aún más hondo habría descubierto las manos de Maese Pedro, que, con su Compañía, mueve a los muñecos todos del rotablo de nuestro gobierno y régimen.

En Hungría domina una cierta reacción y anuncia que en Baviera trata de alzarse cabeza una reacción análoga. Y es que la concepción política tedesca no se da por vencida y espera el desquite. Apoyándose en el terror loco al bolchevismo que se ha apoderado de ciertas gentes. Terror que explotan los imperialistas y pretorianistas, haciéndoles ver en donde quiera bolcheviques. Este es el coco. Y así han logrado que muchos que se creían liberales temieguen hoy, por miedo cerval y pánico, del liberalismo. Y de la democracia.

Si el rey de los belgas hubiese podido penetrar en lo más hondo de la conciencia colectiva del grupo que le rodeaba, habría percibido de la decepción y el disgusto que causó en ella la derrota de los invasores de Bélgica, de los que consideraron un Tratado solemne como un pedazo de papel, de los que proclamaron la santidad e infalibilidad del alto mando militar del imperio invasor, de los que se proponían organizar y disciplinar cuarteles parlamentarios a Europa, de los que propusieron acaso hacer de este interino reino de España un Vice-Imperio Ibérico.

Miguel de UNAMUNO.

